

# Sueño en piedra\*

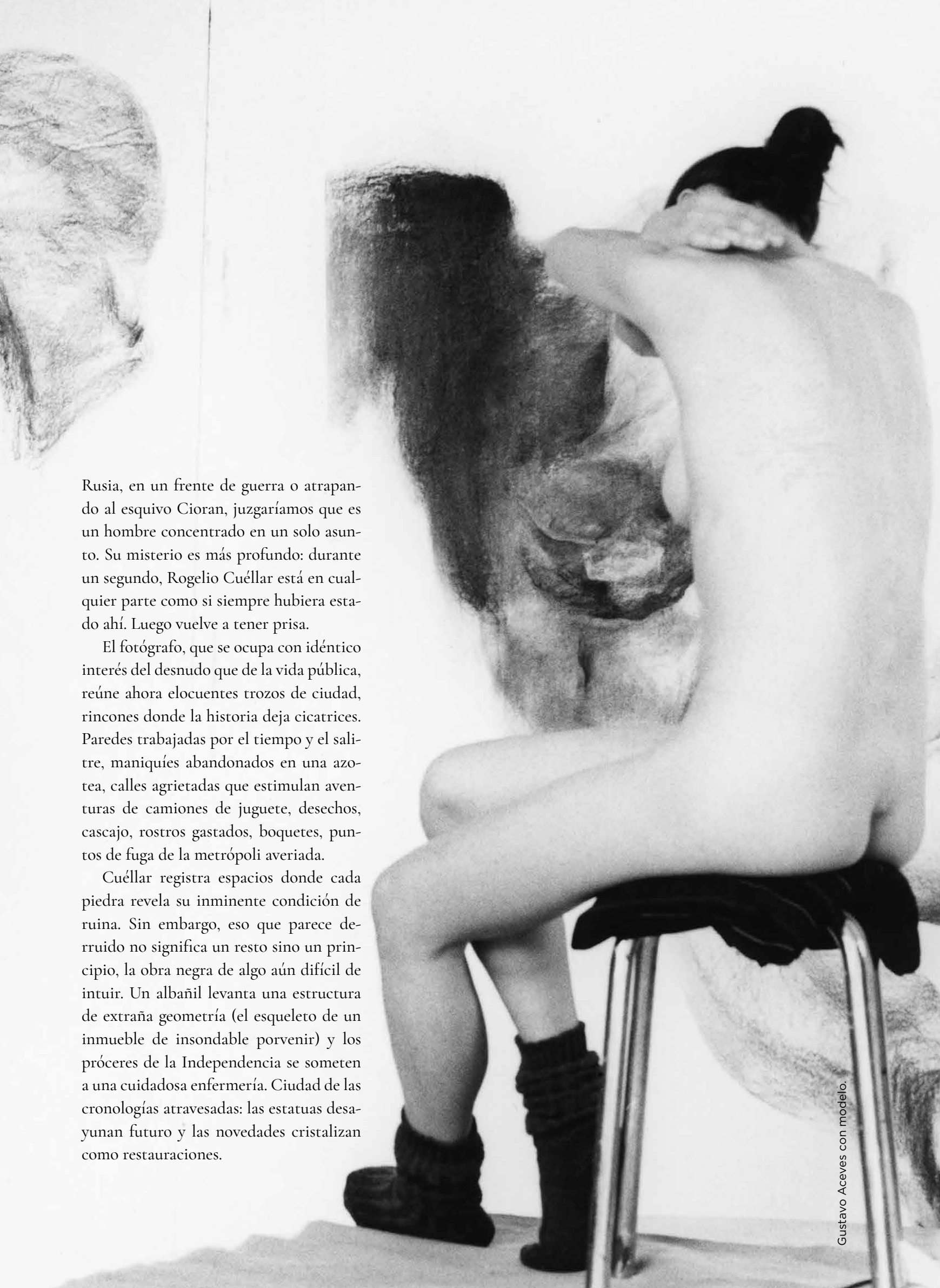
JUAN VILORO

**N**unca he visto a Rogelio Cuéllar en estado de reposo. Sus modelos deben estar quietos para salir bien en la foto. En cambio, él pasa de una tarea a otra como si quisiera agotar todos los afanes del mundo antes de permitir que le tomen una foto.

Durante décadas, ha ejercido con fortuna el fotoperiodismo, ha llevado las versátiles bitácoras del fotógrafo viajero y ha trabajado tan cerca de los artistas que las fotos que les toma parecen desprendimientos naturales de una personalidad, la sombra clara que los acompaña.

Sus variados acercamientos a la realidad no le han impedido armar series monográficas capaces de sugerir que se ha dedicado por entero a captar esos instantes. Si no supiéramos que también estuvo en





Rusia, en un frente de guerra o atrapando al esquivo Cioran, juzgaríamos que es un hombre concentrado en un solo asunto. Su misterio es más profundo: durante un segundo, Rogelio Cuéllar está en cualquier parte como si siempre hubiera estado ahí. Luego vuelve a tener prisa.

El fotógrafo, que se ocupa con idéntico interés del desnudo que de la vida pública, reúne ahora elocuentes trozos de ciudad, rincones donde la historia deja cicatrices. Paredes trabajadas por el tiempo y el salitre, maniqués abandonados en una azotea, calles agrietadas que estimulan aventuras de camiones de juguete, desechos, cascajo, rostros gastados, boquetes, puntos de fuga de la metrópoli averiada.

Cuéllar registra espacios donde cada piedra revela su inminente condición de ruina. Sin embargo, eso que parece deruido no significa un resto sino un principio, la obra negra de algo aún difícil de intuir. Un albañil levanta una estructura de extraña geometría (el esqueleto de un inmueble de insondable porvenir) y los próceres de la Independencia se someten a una cuidadosa enfermería. Ciudad de las cronologías atravesadas: las estatuas desayunan futuro y las novedades cristalizan como restauraciones.

Rogelio Cuéllar despliega una arqueología vorazmente intervenida por lo actual. La escalera de una vecindad (más que antigua parece eterna, de una contundencia mineral) desemboca en un niño que acaso la imagina como una esperanzadora nave intergaláctica. El Monumento a la Raza surge en la esquina de una foto como una señal primigenia mucho más duradera que el inestable paso a desnivel que aparece en primer plano. ¿Cuántas épocas caben en cada uno de estos episodios?

El fotógrafo ejerce su temperamento en los encuadres; escoge realidades que dan razón a su manera de mirar. La clave visual de Rogelio Cuéllar depende en muchas ocasiones de la ironía. La experta manera en que dispara está unida a un gesto revelador: las arrugas largas del ojo que no usa y la rápida sonrisa. Velocista de los ojos, busca el impacto de los contrastes. En la patria de las paradojas, un Hidalgo manco se alza junto a una bandera que no puede tocar; una mendiga yace ante una boutique donde se venden costosas estatuas

de indias; un ínfimo arrabal ofrece una nota de pie de página a la mole triangular del edificio del Banco de Obras Públicas; una barda sostiene a duras penas un mensaje sobre el esplendor nacional.

Los desiertos urbanos de Cuéllar adquieren relieve por las personas que los atraviesan. Gente que mira lo mismo que el fotógrafo, testigos en busca de algo más.

¿A qué razón obedece lo que se ha destruido y se reconstruye en estas fotos? El fotógrafo no responde: interroga.

La ciudad es un sueño en piedra que no deja de cambiar, pero sólo lo hace cuando Rogelio Cuéllar ya le tomó una foto. ●

\* Texto publicado en el catálogo de las exposiciones *Ciudad de ciudades y Celebraciones de la luz / Festival Internacional de Fotografía de Pingyao* organizado por la Dirección General de Asuntos Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México en China, 2007.

